

TOPAZ

Alfred Hitchcock, 1969

- Argumento
- El cine según Hitchcock (Truffaut)
- Echando leña al fuego (fgi)

ARGUMENTO

Un gran lienzo con las efigies de Lenin, Engels y Marx cubre la fachada principal de un edificio. A sus pies, el ejército soviético desfila. Leyenda: «Entre esta multitud hay un alto oficial ruso que no es partidario de la demostración de fuerza de su gobierno ni de la amenaza que ésta conlleva. Muy pronto, su conciencia le obligará a intentar la huida cuando aparentemente se encontraba de vacaciones con su familia».

Vista aérea de una ciudad. Rótulo: «Copenhague, Dinamarca. 1962». Una bandera roja con la hoz y el martillo. De la embajada soviética salen el coronel Kusenov, su mujer y su hija. Les sigue un agente, al que se unen otros dos. Los Kusenov están asustados. La mujer pregunta lastimera: «¿Qué hacemos ahora?».

Una terminal de autobuses se abre a los fugitivos como el Mar Rojo se abrió a los judíos y, como las aguas, los vehículos cierran el paso a sus perseguidores. Los Kusenov entran en una fábrica de porcelanas, confundándose con el público. Sin embargo, cuando la joven Kusenova alza la vista, su mirada tropieza con la de un agente soviético. Siguiendo instrucciones de su padre, la chica logra hacer una llamada a la embajada de los Estados Unidos y recibe instrucciones de Michael Nordstrom. Al salir de unos grandes almacenes, los Kusenov son esperados por Nordstrom, que los hace subir a un coche mientras sus agentes entorpecen las intenciones de los soviéticos que, pistola en mano tratan de disparar sobre los desertores en plena calle.

Aeropuerto. La atemorizada familia rusa pasa del coche a un avión. Aeropuerto de Washington. De nuevo a bordo de un coche, ahora por las calles de la capital norteamericana. En el rostro de la chica el temor va dejando paso al entusiasmo: «¿Eso es la Casa Blanca? –No, es el Capitolio, sede del Gobierno. Les mostraré la Casa Blanca cuando pasemos ante ella... Ahí la tienen. –¡Es encantadora!». Su padre se mantiene más cauto. Los Kusenov son llevados a su nuevo domicilio, un auténtico palacio.

Embajada francesa. El diplomático Darcy y un general aguardan la llegada de André Devereaux. El militar no oculta su recelo ante las buenas relaciones que Devereaux mantiene con los norteamericanos. Darcy lo tranquiliza: «Es el hombre que ha construido la mejor organización de espionaje de este continente, es muy experto y está entregado a su profesión». Entra Devereaux. Darcy: «Un alto oficial del espionaje ruso se ha pasado a los norteamericanos. – (Devereaux) ¿Hace mucho? –(General) ¿Y cómo no lo sabe usted? –(Devereaux)

Porque los norteamericanos no me lo han dicho. ¿Cómo lo ha sabido París? ¿Se lo han dicho los rusos? Un agente del espionaje soviético deserta y alguien en Moscú se apresura a descolgar el teléfono para decírselo a alguien de París. ¿A quién y por qué? –(Darcy) Cómo obtiene París las informaciones no nos incumbe. Se nos pide que averiguemos dónde ocultan los norteamericanos al desertor. –(Devereaux, agrio) ¿Para qué? ¿Qué hará París cuando lo hayamos averiguado? ¿Transmitir la información a Moscú y que entonces lleguen dos individuos que lo liquiden?». Devereaux sale.

Alojamiento de Kusenov. Los agentes norteamericanos presionan al desertor para sacarle información: «¿Para qué demonios cree que está usted aquí? Del modo que se comporta sería posible que mañana se encontrase en las escaleras de la embajada rusa. –Eso significaría el fin para mí, pero ustedes ya no conseguirían ningún otro desertor». Kusenov niega que la palabra rusa Topaz tenga para él otro significado que topacio. Nordstrom recibe la invitación a cenar en casa de su amigo francés Devereaux.

Casa de Devereaux. Nicole se muestra crítica con su marido: «André, tú eres francés. No tienes por qué mezclarte en esta guerra fría entre los norteamericanos y los rusos. Eres neutral. –Nadie es neutral». Hablan sin acritud, pero dándose la espalda. Llega Nordstrom. En la sobremesa, Devereaux le pregunta por el desertor. Su amigo americano le pone al corriente.

Alojamiento de Kusenov. Un periódico expresa la preocupación del Congreso norteamericano por la actividad rusa en Cuba. Kusenov admite la presencia de 4500 técnicos rusos en la isla. «¿Están suministrando los rusos armas ofensivas a Cuba? –Les he dicho que no puedo facilitarles hechos. Pero Rico Parra tiene los detalles del convenio». La vía de acceso a los documentos es Uribe, secretario de Parra: «Se le puede comprar, pero será inútil que lo intenten ustedes: odia a los yanquis. –¿Y al dinero yanqui también? –No lo aceptaría de un norteamericano».

Aeropuerto de Nueva York. [Una enfermera empuja una silla de ruedas, cuyo ocupante, Hitchcock, se pone en pie para estrechar la mano de otro hombre al que acompaña caminando.] Los Devereaux reciben a su hija Michele, que viene acompañada de su marido, François Picard, periodista que debe cubrir la sesión de reapertura de la ONU. Michele está entusiasmada: «¡Hay mucho que ver aquí! ¡Nueva York es maravillosa!». Madre e hija recorren los pasillos del hotel hablando animadamente de modas bajo la mirada de irónica superioridad de sus maridos, preocupados por cuestiones más elevadas.

Para disgusto de Nicole, Mike Nordstrom les espera en el interior de la habitación. Nordstrom pide a André que envíe a uno de sus hombres a fotografiar los documentos ruso-cubanos. André pide a François que le enseñe los dibujos que hizo de los miembros de la delegación cubana en las Naciones Unidas. Entre ellos está el de Uribe. Nordstrom: «¿Podría darnos esta página? –Si es con buen fin. –Se la devolveremos». André coge el dibujo y, sin ningún miramiento, lo pliega varias veces para guardarlo en el bolsillo de su chaqueta. Nordstrom le entrega un sobre con el dinero del soborno.

Floristería de Dubois, agente al servicio de André Devereaux. El subalterno recibe las instrucciones de su jefe tras una mampara de vidrio, hábil recurso narrativo que permite al espectador seguir el desarrollo de la conversación

sin tener que escuchar lo que ya sabe. Al abrir la puerta del invernadero, Dubois pregunta: «¿Por qué odia Uribe a los de aquí? –Según creo, perdió a su hijo en la Bahía de los Cochinos».

Calle de Harlem. Decenas de cubanos se arremolinan frente al hotel en que se aloja la delegación de su país y aguardan la oportunidad de poder ver a Rico Parra. Dubois logra hacer salir a Uribe, quien, en principio, rechaza el soborno, pero cambia de actitud al escuchar la suma que le ofrecen. El interior del hotel es una leonera. Sucio, ruidoso, caótico, atestado de policías. Rico Parra increpa a dos revolucionarios por querer volar la Estatua de la Libertad.

Dubois convence a Parra para que salga al balcón a saludar a los cubanos que se arremolinan en la calle. Uribe aprovecha para coger la cartera. Dubois va al despacho de Uribe. Parra vuelve a su trabajo. Busca un documento, que por fin encuentra sobre un archivador, envolviendo media hamburguesa y empapado en grasa. Luego, Parra busca su cartera roja. El mecanógrafo le dice que se la llevó Uribe. Parra y su guardaespaldas van al despacho de Uribe, sorprendiendo a Dubois cuando fotografiaba los documentos. Dubois escapa por el balcón, perseguido por los disparos de Parra, que no lo alcanzan, y logra entregar la cámara a Devereaux.

Habitación de los Devereaux. Nicole pide a su marido que no vaya a Cuba, pero André insiste: «Los documentos que fotografiamos el otro día me dieron escalofríos. No ya los norteamericanos: soy yo quien quiere ver lo que los rusos están preparando en Cuba». Nicole sabe que hay una mujer en Cuba, Juanita de Córdoba. Lo dice con los ojos llenos de lágrimas. André no quiere hablar del asunto. La besa en la mejilla y se despide. Antes de salir, se vuelve hacia Nicole, pero ella es sólo una sombra en lo alto de las escaleras.

Cuba. Un coche lleva a Devereaux hasta la casa de Juanita. La mujer lo recibe, acompañada de Parra, que pasa un brazo sobre los hombros de ella. Antes de despedirse, pregunta: «¿Irás mañana a la concentración? Fidel te espera». Devereaux entrega un paquete a Juanita. En el interior del caserío se besan con pasión. Ella: «No he podido enviar ninguna información a Miami desde hace semanas. La isla está infestada de rusos. –Ya lo sé. He venido a averiguar qué preparan». André, posesivo, alude al carácter carnal de la visita de Parra; Juanita hace una sutil referencia a Nicole. Ríen. Vuelven a besarse. Ella: «No lo entiendo. A los franceses no les importa qué hacen los rusos en Cuba. –Pero sí a los norteamericanos. –Pues será difícil averiguarlo. Cuba está cerrada. ¡Los rusos la tienen en un puño! –Voy a necesitar la ayuda de tu organización. –Es inútil. La mayor parte de mi gente está oculta. Lo único que puedes hacer es quedarte conmigo unos días y marcharte».

André y Juanita sentados a una mesa. Él le entrega un contador geiger: «Eso nos dirá si los rusos han traído cabezas nucleares». También ha traído una cámara controlable a distancia para fotografiar los misiles. Y, cómo no, un bolso para Juanita, que lo desenvuelve excitada: «¡Oh, es precioso! ¡Gracias!». André se dirige a la mesilla para demostrar a Juanita cómo su contador detecta el rádium del despertador; ella le sigue y comienza a desnudarse. Un largo beso los lleva a la cama. Al despedirse, André no puede evitar hacer una nueva alusión a la relación de Juanita con Parra. Ella le reprende con una bofetada cariñosa.

Juanita se reúne en la cocina con los Mendoza, un matrimonio disidente que trabaja para ella. Tras entregarles una cesta de picnic con las cámaras camufladas entre los bocadillos, Juanita los despide: «¡Qué Dios les bendiga!». Desde una loma, los Mendoza espían los movimientos de los rusos. La merienda atrae a unas gaviotas. Al tratar de alejarlas, Mendoza es descubierto. Los soldados cubanos les disparan y, tras una persecución, la sangre de la mujer, que ha sido herida, les delata. Poco después, llega al lugar un jinete que recoge la cámara del sitio convenido. En casa de Juanita, los sirvientes sacan la cámara del interior de un pollo y la ocultan en la alacena.

Concentración en La Habana. Desde la tribuna, los hermanos Castro saludan. También están Parra y Juanita. Y el Che. Entre el gentío está Devereaux. El lugarteniente de Parra lo identifica como el hombre que vio frente al hotel la noche que robaron los documentos.

Casa de Juanita. Ella y André cenan. Llega Parra. Juanita le invita a cenar. André: «El pollo está delicioso. –(Parra, escéptico) ¿Sí? –(Juanita, aclarando) Del mercado negro». Parra se sienta con ellos y pregunta a André si conoce a Uribe, su ex secretario. Juanita: «¿Por qué has despedido a Uribe. –Se había vuelto poco satisfactorio. Se le persuadió para que me dijera lo que yo quería saber antes de emprender su viaje. –¿Qué viaje? –El viaje del cual ningún viajero puede regresar. – (Tras una pausa cargada de tensión) ¿Qué había hecho? –Se cree que trabajaba para los franceses, y sospecho que éstos trabajan para los norteamericanos». Luego, tras acusar a André de espionaje, dice con tono sombrío: «He venido para decirle que si no fuera porque esto puede involucrarla, usted acompañaría a Uribe. Su país recibiría unas vagas disculpas, pero nunca más se sabría de usted. [Volviendo la vista hacia Juanita] Ella es la viuda de un héroe de la revolución. ¡Es amada y reverenciada en esta tierra! ¡Usted es un agente del espionaje! Su amistad puede acarrearle peligros a ella, así que saldrá usted de Cuba mañana temprano, en el primer avión. Si no tiene inconveniente en acortar su cena, lo llevaré a La Habana para que haga el equipaje. –(Juanita) ¡No, no te lo llevarás a La Habana! ¡Has inventado esa historia que quisieras que fuese cierta a causa de mí! Si le causas el menor daño promoveré un escándalo. Y sabes que puedo hacerlo». Parra da media vuelta y sale.

Mañana siguiente. Juanita fuma y observa cómo André hace las maletas. Entra Tomás, el criado encargado de manejar el contador Geiger. André: «¿El aparato hizo clic? –Y de qué manera. Con los misiles no. Pero cuando pasaban los camiones cubiertos con lonas, entonces clic, clic, clic, clic». Tomás le enseña la máquina de escribir donde va oculta una cinta magnetofónica. Los microfilms van en la maquinilla de afeitar. Juanita le da un libro para que lo lea en el avión. André le ofrece sacarla de Cuba, pero ella, con los ojos llenos de lágrimas, se niega: «¡Soy cubana! ¡Y quiero a mi patria! A mí no me importa lo que pueda pasarme. Telefonéame antes de tomar el avión. Necesito decirte una cosa. [Lo besa con pasión.] ¡Vete!».

Interior de un cuartel cubano. Los Mendoza han sido torturados brutalmente. Parra escucha de labios de la mujer que el trabajo fue dirigido por Juanita de Córdoba. Los soldados irrumpen en la casa de Juanita. De la cocina proviene el grito escalofriante de la sirvienta. Juanita quiere acudir, pero Parra la sujeta por un brazo: «¿Conoces a unos tal Mendoza? –Sí. –Han dicho ciertas cosas horribles de ti. Yo no puedo creerlas. –¡Los han torturado! Y cuando se tortura a una persona... –Me resisto a creerlo». Los soldados encuentran el cuarto oscuro tras la

despensa. También descubren que la información va en el estuche de las cuchillas de afeitar. Parra, reteniendo las manos de Juanita contra su pecho: «Era cierto. Ahora tengo que creerlo. Has estado actuando contra nosotros, contra lo que estamos intentando hacer. ¿Por qué? —¡Porque habéis hecho de mi país una cárcel! —No. Tú no puedes juzgar. Tú no. No debieras haber hecho esto: burlarte de mí, trabajar contra mí. Ahora tendremos que hacerte lo mismo que se les ha hecho a los Mendoza para averiguar los nombres de todos los demás. Vamos a descubrirlo por medio de las cosas que le harán a tu cuerpo [libera una de sus manos, que desciende por la espalda de Juanita], este cuerpo que yo...». Suena un disparo. Juanita queda inerte. La mano de Parra empuña una pistola. Juanita cae hacia atrás. [Picado de la mujer, cayendo sobre el pavimento de rombos negros y blancos; su vestido morado se abre como una flor; su pelo se extiende como si flotase en el agua.]

Desde el aeropuerto comunican que no había nada en las cuchillas del francés, así que lo han tenido que dejar marchar. Suena el teléfono. Es André, que pregunta por Juanita. Le informan de su muerte a causa de un disparo.

Interior del avión. André abre el libro que le entregó Juanita. Lee la dedicatoria: «Con todo mi amor, Juanita. Octubre 1962». Se desentiende del libro, mira por la ventanilla. Su dedo, que acaricia la pasta, detecta algo extraño. Va al servicio, pone el libro bajo el grifo y despega la solapa. Bajo ella encuentra los microfilms.

Casa de los Devereaux. André tiene que empujar para abrir la puerta porque del otro lado se acumulan diarios y correspondencia. Comprende que Nicole se ha ido a París. A Devereaux lo acompaña Nordstrom. También llega Darcy para comunicarle que el Gobierno cubano ha presentado una queja por sus actividades y deberá presentarse ante el director general en París. André pone a Nordstrom al corriente: «He sido destituido. —Lo lamento. Ya sabes lo agradecidos que estamos por tu colaboración. Quiero que vengas ahora conmigo a la casa de seguridad. Mientras estabas ausente, el ruso hizo unas declaraciones que te estremecerán».

Alojamiento de Kusenov. Habla con Devereaux y Nordstrom. El desertor parece radiante, arrellanado en un sofá, fumando un puro y bien atendido por un servicio solícito. A Devereaux: «Entonces, tuvo usted éxito en obtener para ellos la información de Cuba y ahora tienen miedo de que se vea obligado a pasarla a su Gobierno. —¿Qué es Topaz? —Es el nombre en clave de un grupo de altas personalidades francesas que trabajan para la Unión Soviética. El jefe tiene el nombre clave de Columbin. El segundo hombre en la dirección es Henri Jarre. Era mi contacto directo. Todo documento vital que pasaba por su despacho me llegaba a mí. —Es un economista de la NATO. —Monsieur Devereaux, se encuentra con el mismo problema que yo tuve: obedecer a su conciencia u obedecer a su gobierno. Déjeme darle un consejo: no vuelva a su patria. Esta gente le facilitará una nueva vida, un nuevo trabajo, todo. Piénselo».

Kusenov abandona la sala. Nordstrom presiona a Devereaux: «Si los rusos saben que estamos a la expectativa debido a la información que tenemos, podrían poner en funcionamiento esos misiles inmediatamente, apuntando a las principales ciudades de Norteamérica». Los norteamericanos piden a Devereaux que no descubra la trama Topaz.

En París, Devereaux invita a comer a varios compañeros, entre ellos Henri Jarre y Jacques Granville, para que le aconsejen sobre lo que debe hacer. Tras declarar que no puede hablar porque hay filtraciones en los medios gubernativos, observa a los comensales. Alguno se pone nervioso, pero no Jarre, que no deja de comer plácidamente ni cuando escucha nombrar a Topaz. André va más lejos: «Hay un grupo de franceses, compatriotas nuestros, en los altos círculos oficiales trabajando para la Unión Soviética». Cuando pronuncia el nombre de Kusenov, Jarre niega que eso sea posible, ya que el tal Kusenov murió un año antes: «Sin duda alguna se trata de un doble agente que ha engañado a los norteamericanos y te ha engañado a ti».

Jarre visita a Granville para mostrarle su preocupación respecto a Devereaux. [Desde este momento, el espectador conoce la identidad de los dos traidores franceses] Granville le reprocha su invención de la muerte de Kusenov, mentira fácilmente comprobable. Jarre está nervioso. Un periodista le ha pedido una entrevista. Granville trata de tranquilizarlo y le pide que se vaya porque está esperando una visita. Al salir, Jarre se cruza con Nicole. Granville la recibe con un beso: «Gracias por haber venido. –(Sonriendo cínica) ¿Por qué no iba a venir? Soy una mujer libre».

François Picard llega a casa de Jarre con media hora de adelanto. Picard quiere aclarar la discrepancia sobre Kusenov entre la versión norteamericana y la francesa. Jarre se ve atrapado, y aún más cuando Picard se identifica como yerno de Devereaux: «No hay escapatoria. Está probado que usted es el contacto directo de Kusenov. Los norteamericanos poseen documentos de la NATO que usted le dio, con su nombre, sus iniciales e incluso con anotaciones de su puño y letra. Esos documentos pueden estar en el despacho del jefe de nuestro Gobierno dentro de ocho horas». Picard pide información a Jarre a cambio de darle tiempo para escapar. Jarre quiere hablar con Devereaux. Mientras Picard llama a su suegro, suena el timbre de la puerta. Jarre abre. Entran dos hombres. Devereaux está hablando por teléfono con François cuando la conversación se corta. Devereaux y su hija, Michele, van a casa de Jarre. La puerta está abierta. A través de la ventana, Michele ve el cuerpo de un hombre estrellado sobre el techo de un automóvil. Bajan. Es Jarre.

André y Michele regresan a casa. Le cuentan lo sucedido a Nicole, que se abraza a su marido. En ese momento llega François, herido de bala en un brazo, y les cuenta su peripecia: «Estaba hablando contigo por teléfono. Oí que Jarre dejaba entrar a dos hombres en su piso y luego alguien debió de darme un golpe en la cabeza. Al volver en mí me encontré en un coche, sentado entre dos individuos. Pararon para telefonar porque no sabían qué hacer conmigo. Creían que todavía estaba inconsciente. Cuando vi la puerta abierta salté del coche y corrí. Me hicieron dos disparos».

André y François deducen que Jarre ha muerto por orden de Columbin. François: «Entonces Columbin también estaría en el almuerzo. –Sí, pero ¿quién era?». [Esta conclusión carece de base. Jarre pudo hablar con su jefe secreto después del almuerzo.] François enseña a Michele el dibujo que hizo de Jarre. Nicole palidece al reconocer al hombre que vio salir de casa de Granville. François recuerda algo importante: «Cuando esos hombres iban a telefonar, antes de que yo escapase, uno le preguntó al otro un número de teléfono». François recuerda el número perfectamente. André hace intención de buscarlo, pero lo detiene la voz de Nicole, vuelta de espaldas: «No es necesario que localices ese número. Es una casa

pequeña, escondida en la orilla izquierda del Sena. [Se vuelve con los ojos encharcados.] ¡Oh, Jacques Granville! ¡Horrible! ¡Horrible!». André dirige su vista hacia un portarretratos. En la foto se ve a Nicole, André y Granville, formando parte de la Resistencia.

Aeropuerto de París. Llega una delegación norteamericana. André pone a Nordstrom al corriente y le da la foto para que reconozca a Granville.

Gran sala. Un nutrido grupo de diplomáticos franceses y norteamericanos van entrando. Granville es informado de que los norteamericanos prefieren que no esté presente. Granville sale cerrando tras de sí la puerta de la sala, movimiento que reproduce con la puerta de su casa. Suena un disparo. Un periódico publica que la crisis de los misiles está resuelta y que las bases rusas serán desmanteladas.

Planos de homenaje a los mártires caídos (los Mendoza torturados, Juanita recibiendo el balazo) y a su gesta (Devereaux en el avión, con el libro que contiene los microfilms). El último plano muestra el Arco del Triunfo.

EL CINE SEGÚN HITCHCOCK

François Truffaut, pp. 315-319

El único mérito de la novela consistía en inspirarse en una historia verdadera (la presencia de un agente comunista en el entorno del general De Gaulle) y en ser un éxito de ventas en los Estados Unidos. La Universal la compró a un alto precio y Hitchcock se dejó convencer para adaptarla. Pero *Topaz* no es una buena película. Al estudio no le gustaba, al público y a los críticos tampoco, ni siquiera a los hitchcocknianos; y el director no quería ni oír hablar de ella.

Topaz era deliberadamente anticomunista y comportaba demasiadas escenas sarcásticas contra el entorno de Fidel Castro. Se veía incluso a policías cubanos torturando a opositores del gobierno.

Al final de la historia, sintiéndose descubierto, el espía soviético se dejaba matar voluntariamente en un duelo a pistola. Durante una sesión de preestreno en Los Angeles, los jóvenes espectadores americanos se rieron de esta secuencia. Según Hitchcock, los jóvenes americanos se habían vuelto tan materialistas y cínicos que ya no podían aprobar, en la pantalla, una conducta caballeresca. Hitchcock volvió a París para rodar la secuencia por segunda vez, con ciertos cambios. ¡Por primera vez en su carrera, Hitchcock no sabe cómo terminar una película! Entonces recurrió a una solución desesperada: Piccoli entra en su casa y se suicida. Desgraciadamente, en el transcurso de la película, ¡no se ha visto en ningún momento a Piccoli entrar en su casa! El único plano que tiene Hitchcock para colocar su idea es un plano de... ¡Noiret entrando en el hotel! Y Noiret anda con un bastón. Finalmente, lo que se ve en la pantalla es medio cuerpo oscurecido, de un hombre que desaparece detrás de la puerta.

ECHANDO LEÑA AL FUEGO

fgi

Topaz es la adaptación cinematográfica de una novela de Leon Uris, en la que se recrea la crisis de los misiles de 1962 entre Estados Unidos y Cuba. El protagonista es André Devereaux, un espía doble que cobra un sueldo al gobierno de su país, Francia, y otro al de Estados Unidos, que es para el que en realidad trabaja. Lo que mueve a Devereaux a practicar el pluriempleo no es la ambición, sino el idealismo: la actitud belicosa de los dirigentes norteamericanos frente a los rusos, terrible amenaza para la humanidad, le merece mayor confianza que la tibieza europea. Amante de las dualidades, Devereaux está casado y tiene una hija, pero se lo pasa mejor con una cubana que, además de guapa, es disidente del régimen de Castro. El argumento de esta historia se resume en pocas palabras: la sospecha norteamericana de que los rusos están introduciendo misiles en la isla permite a Devereaux reunirse con su amante, pero los soldados cubanos detienen y torturan a dos miembros de la organización y la trama anticastrista es descubierta.

Topaz es una mala película, sin paliativos. Pero una buena muestra de sabiduría cinematográfica al servicio de un panfleto político cuyo mensaje se hace explícito ya desde la primera escena: la Unión Soviética representa una amenaza para la paz mundial, amenaza que sólo los Estados Unidos pueden conjurar. Temiendo que la guerra fría no sea suficiente, Hitchcock decide echar leña al fuego. Desde su tribuna, asusta a los norteamericanos: «Los rusos podrían poner en funcionamiento sus misiles, apuntando a las principales ciudades de Norteamérica»; alecciona a los europeos: «Tú eres francés. No tienes por qué mezclarte en esta guerra fría entre los norteamericanos y los rusos. Eres neutral. –Nadie es neutral»; y tienta a los rusos para que traicionen a su país mediante un desertor que se da la gran vida como huésped de Washington y aconseja a sus colegas que lo imiten: «Usted se encuentra con el mismo problema que yo tuve: obedecer a su conciencia u obedecer a su gobierno. Déjeme darle un consejo: no vuelva a su patria. Esta gente le facilitará una nueva vida, un nuevo trabajo, todo. Piénselo». Hitchcock hace del traidor un hombre de conciencia si su acto favorece al gobierno de los Estados Unidos.

En su paranoia, Hitchcock desorbita el fantasma del comunismo. El enemigo no está en Rusia solamente: el eje del mal se extiende a Francia y alarga sus garras hasta Cuba, en las puertas mismas de los Estados Unidos. Juanita, la heroína, da la voz de alarma: «La isla está infestada de rusos. ¡Los rusos la tienen en un puño!».

Para que el espectador se haga una idea exacta de lo que significa el comunismo, Hitchcock le invita a echar un vistazo al interior del hotel donde se alojan los cubanos: pasillos inundados por la barahúnda, habitaciones convertidas en celdas tenebrosas, importantes documentos utilizados para envolver las hamburguesas... Con estas imágenes debería quedar clara la incompatibilidad de la revolución con la higiene y el orden, bases del bienestar y el progreso. Pero a Hitchcock le preocupa que algunos espectadores, más torpes que la media, no hayan cogido la idea. Para ellos, hace que Juanita increpe al dirigente castrista: «¡Habéis hecho de mi país una cárcel!». En la misma línea de explicitud verbal, remacha el clavo haciendo que dos cubanos expongan su plan para volar la estatua de la Libertad.

A pesar de lo expuesto, algunos críticos aún niegan la parcialidad del realizador: «Lo que mejor refleja a Hitchcock en esta historia es que no haya buenos ni malos» (Francisco Marinero). Otros, en cambio, no encuentran motivo para negar la evidencia: «Los cubanos están tratados con la punta del pie» (Juan Miguel Lamet). La imagen de los disidentes torturados, repetida en el epílogo de la película, habla por sí sola.

La toma del poder en Cuba por los guerrilleros de Castro desató la histeria en buena parte del mundo occidental a principios de los sesenta. La guerra fría se calentó con episodios como el desembarco de un contingente contrarrevolucionario en Bahía de Cochinos y, sobre todo, con la crisis de los misiles. La tensión política hizo que, al menos durante esa década, el comunismo desplazara a la mujer como enemigo número uno del hombre libre, según Hitchcock. Una secuencia significativa es aquella en la que François, herido en un brazo, se reúne con su mujer y sus suegros. Contrasta el diálogo sereno de los dos hombres, inmersos en serios peligros, pero conscientes de su responsabilidad como salvadores del mundo, con la estéril agitación de las dos mujeres, que sólo profieren exclamaciones asustadas y lamentos. Otro ejemplo de las diferentes reacciones asignadas a cada sexo: François recuerda que alguien lo golpeó en la cabeza; Nicole y André le tocan el chichón. Ella, alarmada: «¡Dios mío!». Él, lacónico: «Sí». François prosigue su relato. «Me hicieron dos disparos». Nicole, abriendo mucho los ojos: «¡Pudieron haberte matado!». André y François, inmutables, parecen no escucharla. Mientras ellos reconstruyen los hechos, ellas hacen de enfermeras.

De todos los personajes, el más maltratado es el de Nicole, la mujer de André. Goza de muchos primeros planos, casi todos lacrimógenos, pero la manipulación permanente a que la somete el director le resta toda credibilidad. Su imagen de burguesita pusilánime, preocupada sólo por la moda y el confort, es incongruente con la de esa foto en la que aparece como aguerrida luchadora en la Resistencia contra el nazismo. La falta de entidad de este personaje, su sometimiento a los caprichos de un realizador zafio, alcanza su punto álgido cuando Nicole se ve convertida en la cínica amante de un traidor. Con esta doble jugada, Hitchcock no sólo ensucia su imagen de esposa enamorada y sufrida, sino que de paso dignifica la de André, adúltero, sí, pero con una patriota.

En cuanto a Juanita, la otra mujer con importancia en el reparto, ella sí es un personaje consistente, aunque muy desdichado. Obligada por su propia conciencia a vivir en un país que considera una cárcel, se ve abocada a una muerte trágica y sólo disfruta del hombre que ama cuando él se deja caer por su dormitorio. Las dos virtudes de Juanita son tan grandes como dudosas: su amor (adúltero) y su gesta heroica (nostálgica del régimen de Batista).

Por supuesto, Hitchcock deja numerosas muestras de su maestría narrativa. Por ejemplo, cuando evita al espectador escuchar repetidas veces las órdenes de fotografiar el pacto ruso-cubano: Devereaux se comunica con su agente tras la mampara de vidrio de una floristería, lo que permite al espectador seguir el desarrollo de la conversación sin tener que escuchar lo que ya sabe. Luego, al abrir la puerta del invernadero, el subalterno pregunta: «¿Por qué odia Uribe a los norteamericanos?» «Según creo, perdió a su hijo en la Bahía de Cochinos». Esto sí lo escuchamos porque era algo que todavía no se había dicho. Poco después, en el hotel de los cubanos, el agente soborna a un funcionario. De nuevo, la secuencia es muda. En esta ocasión, Hitchcock emplaza la cámara en la acera de enfrente y hace que la recepción del hotel sea visible a través de una gran cristalera, lo que permite

seguir todos los movimientos de Dubois (incluidas unas señas que el agente hace a su jefe, más indiscretas que necesarias).

Como es habitual en el cine de Hitchcock, los buenos recursos se combinan con lances bastante chapuceros: la fuga de Dubois tras fotografiar los documentos; la detención de los Mendoza, sin que los soldados comprueben si los detenidos llevan algún arma; el ardid de Juanita para sacar los microfilms mediante un procedimiento que bien pudiera haberlos hecho pasar desapercibidos al propio Devereaux...

Es de una plasticidad especial el plano picado en que se recoge la muerte de Juanita, cayendo sobre el pavimento de rombos negros y blancos; su vestido morado se abre como una flor; su pelo se extiende como si flotase en el agua. Éste es uno de los planos más hermosos filmados por Hitchcock.

La anécdota: Por los pasillos del aeropuerto de Nueva York, una enfermera empuja una silla de ruedas, cuyo ocupante, Hitchcock, se pone en pie para estrechar la mano de otro hombre al que acompaña caminando.